

Epístola mortal

Eduardo Carranza

In memoriam Leopoldo Panero

«...y no hallé cosa en qué poner los ojos
que no fuera el recuerdo de la muerte»
Francisco de Quevedo

Miro un retrato: todos están muertos:
poetas que adoró mi adolescencia.
Ojeo un álbum familiar y pasan
trajes y sombras y perfumes muertos.
(Desangrados de azul yacen mis sueños).
El amigo y la novia ya no existen:
la mano de Tomás Vargas Osorio
que narraba este mundo, el otro mundo...
la sonrisa de la Prima Morena
que era como una flor que no termina
desvanecida en alma y en aroma...

Cae el Diluvio Universal del tiempo.
Como una torre se derrumba todo.
... "Las torres que desprecio al aire fueron" ...
Voy andando entre ruinas y epitafios
por una larga Vía de Cipreses
que sombrean suspiros y sepulcros.
Aquí yace mi alma de veinte años
con su rosa de fuego entre los dedos.
Aquí están los escombros de un ensueño.
Aquí yace una tarde conocida.
Y una rosa cortada en una mano
y, una mano cortada en una rosa.
Y una cruz de violetas me señala
la tumba de una noche delirante...

Hojeo el "Cromos" de los años treinta:
lánguidas señoritas cuyos pechos
salían del Cantar de los Cantares,
caballeros que salen del fox-trot,
sonreídos, gardenia en el ojal,
(y tú, patinadora, ¿a quién sonríes?)
Y esos rostros morenos o dorados
que amó un niño precoz perdidamente.
Amigos, mis amigas, mis amigos,
compañeros de viaje y no-me-olvides:
Teresa, Alicia, Margarita, Laura,
Rosario, Luz, María, Inés, Elvira...
con sus pálidas caras asomadas
en las ventanas desaparecidas...

Panero, Souvirón y Carlos Lara,
Pablo Neruda y Jorge Zalamea,
Jorge Gaitán y Cote y Julio Borda,
Mario Paredes, Mallarino, Alzate...
Silvio Villegas, Dionisio Ridruejo...
frente a sus copas de vino invisible

en sus asientos desaparecidos:
están aquí, no están, pero sí están:
(¡Oh margarita gris de los sepulcros!)
... “Sólo que el tiempo lo ha borrado todo
como una blanca tempestad de arena.”

El que primero atravesó el océano
volando solo, sólo con su Arcángel,
y aquel en cuya frente ardía ya
el incendio maldito de Hiroshima,
los guerreros que al aire alzan el brazo
y la palabra libre como un águila
y aviones y estandartes y legiones
pasan cantando, pasan, ya van muertos:
adelante la muerte va a caballo,
en un caballo muerto.
La tierra es un redondo cementerio
y es el cielo una losa funeral.

El Nuncio, el Arzobispo, el Santo Padre
hacia su muerte caminando van:
Nadie les grita: ¡detened el paso!
que ya estáis en la orilla: el precipicio
que cae sobre el Reino del Espanto
y en cada paso vais hacia el ayer
y de un momento a otro cae el cielo
hecho trizas sobre vuestras Altezas...
Somos arrendatarios de la muerte.
(A nuestra espalda, sigilosamente
cuando estamos dormidos,
sin avisarnos se urden muchas cosas
como incendios, naufragios y batallas
y terremotos de iracundo puño...
que de repente borran de este mundo
el rostro del ahora y del ayer,
llámese amor o sangre y ojos negros...
Y nadie nos había dicho nada.
Alguien sabe el revés de los tapices,
digo, de nuestra vida,
y es *el otro*, el fantasma quien lo teje...)

Las niñas de Primera Comunión
de cuyas manos vuela una paloma,
las blancas novias que arden en su hoguera,
días y bailes, reyes destronados
y coronas caídas en el polvo,
la manzana y el cámbulo, el turpial,
el tigre, la venada, los pescados,
el rocío, mi sombra, estas palabras:
¡todo murió mañana! ya está muerto.
El polvo es nuestra cara verdadera.
Los Presidentes y los Generales
asomados al sueño del Poder
sobre un río de espadas y banderas
llevadas por las manos de los muertos,
el agua, el fuego, el viento, la sortija,
los ojos que ofrecían el infinito

y eran dueños de nada,
los cabellos, las manos que soñaban...
¡"fueron sino rocío de los prados"!

La Dama Azul, las flores, las guitarras,
el vino loco, la rosa secreta,
el dinero como un perro amarillo,
la gloria en su corcel desenfrenado
y la sonrisa que ya es ceniza,
el actor y las Reinas de Belleza
con su cetro de polvo, el bachiller,
el cura y el doctor recién graduados
que sueñan con la mano en la mejilla:
muertos están, sí que también las lágrimas:
Todo fue como un vino derramado
en la porosa tierra del olvido.
Tanto amor, tanto anhelo, tanto fuego:
dime, oh Dios mío, ¿en cuál mar van a dar?
"¿Los yunques y troqueles de mi alma
trabajan para el polvo y para el viento?"

Por el mar, por el aire, por el Llano,
por el día, en la noche, a toda hora,
vienen vivos y muertos, todos muertos.
Y sangre arriba vienen nuestros muertos
y desembocan en el corazón
donde un instante salen a las flores,
los labios delirantes y las nubes
y siguen tiempo abajo, sangre abajo:
¡somos antepasados de otros muertos!

Todo cae, se esfuma, se despide
y yo mismo me estoy diciendo *adiós*
y por mí están doblando las campanas
y me vuelvo a mirar, me dejo solo,
abandonado en este cementerio.
Allá mi corazón está enterrado
como una hazaña luminosa y pura.

Miro en torno, los ojos entornados:
todos estamos contra el paredón:
sólo esperamos el tiro de gracia:
todos estamos muertos, muertos, muertos:
los de Ayer, los de Hoy, los de Mañana...
sembrados ya de trigo o de palmeras,
de rosales o simplemente yerba:
nadie nos llora, nadie nos recuerda.

Sobre este poema vuela un cuervo.
Y lo escribe una mano de ceniza.

(1975)

Ahora solo se lee de la muerte, de la obra minuciosa de la muerte. Pero eso ya lo había cantado la poesía. Ya lo había
anunciado:

"El polvo es nuestra cara verdadera".